



Las Grandes Aguas del Nazas En 1991

Por: Alfredo Hernández E.

Allá por 1880 ya se daban pugnas por el agua del Nazas. Los que la recibían primero en la región, se declaraban dueños absolutos de ella y para dejar bien claro quién mandaba, construían presas donde les parecía, se llamaban a sí mismos usuarios de la parte alta y a nosotros nos llamaban usuarios de abajo.

O ribereños, expresión correcta y más adecuada a ellos que a nosotros, que somos los laguneros. Como siempre: los de arriba y los de abajo. Algo parecido a lo que hicieron los gringos llamando California a la parte donde ellos están y "Baja" California a la parte que nos quedó. Pero eso es otra historia y de ello no se hablará en este espacio. De todos modos tenlo presente para más adelante, noble sampetrino.

Más de cien años después de aquellas famosas pugnas en las que tuvo que intervenir la presidencia de la república para obligar a los poderosos de entonces para que derribaran las presas que habían construido, interpretando a su capricho las leyes, las aguas del Nazas siguen dando qué hablar. Afortunadamente ya desaparecieron aquellos "benefactores" laguneros que solo buscaban beneficiarse a sí mismos a costa de los demás.

En el 91, aquí en San Pedro se suspendió por segunda vez una feria del Algodón y de la Uva. La gente tuvo tanto miedo como en el 68 y de nuevo corrieron rumores de inundación. Esta vez no hubo necesidad de evacuar y el alcalde de ese 1991, como el de 1968, tomó medidas importantes para proteger la vida y los bienes de los sampetrinos.

Es entonces cuando en la región se levantan puentes que ahora son muy útiles; es cuando el Gobierno del Estado envía un transporte anfibio para traslado de la gente por los pasos difíciles, sobre todo el de San Miguel, pero que al hundirse en su inauguración, solo sirve de alborozo y anécdota chusca. Esa reliquia de la segunda guerra mundial, que tuvo días gloriosos y un pasado de película, ahora está por ahí arrumbado en el Campamento Iritilla, no sabemos si como curiosidad o como espantajo para funcionarios ingeniosos. Dicen las malas lenguas que el fantasma del anfibio se apareció estos días por San Miguel y que era de dar pena escuchar sus desgarradores lamentos a media noche.

El alcalde, Profr. José Luis Flores Méndez ordenó la realización un registro gráfico minucioso de todo lo ocurrido y asignó al que escribe lo que estás leyendo, entonces Jefe del Departamento de Promoción Cultural, dos cámaras fotográficas y una de video VHS para que por todo el municipio se hiciera el deseado registro. Los operadores de la minuciosa y delicada labor fueron puestos a trabajar de inmediato en la captación de imágenes. Cornelio Cepeda y J. Concepción Cervantes, en aquellos años asignados como auxiliares al Departamento de Promoción Cultural se desplazaron en una vieja camioneta por todo el municipio. Participaron en esta aventura también Roberto Ramírez, subjefe del Departamento y Gerardo Soto, operativo responsable de los traslados, comandados todos por el Jefe del Departamento.

Así, registraron aquella casi media noche en Tacubaya la llegada del agua, un delgado hilo moviéndose y avanzando lentamente, arrastrando toda la pestilencia de basura, cadáveres de animales y desperdicios arrojados al cauce y los canales subsidiarios por irresponsables de Torreón, Gómez, Lerdo y desde luego por nuestra gente. El día siguiente acudieron muy temprano a San Miguel a realizar el registro y luego a otros lugares. Poco a poco aquel hilo de agua del río fue creciendo, viajando y reclamando sus espacios, invadiéndolos, saturándolos, aposentándose en ellos, como el monarca que es y ha sido siempre.

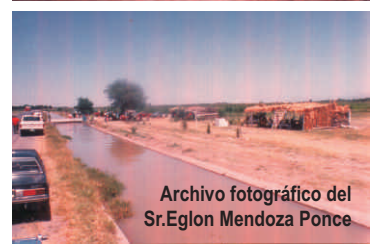
Día y noche, bajo la intensa lluvia que algunas veces los agobió, pero no los derrotó, montando en árboles, trascabos, un helicóptero (no crean que los helicópteros se inventaron para esta venida del río), tanques altos de almacenamiento como el de San Nicolás y los cables tendidos para lo que sería más tarde el famoso puente de Santa Elena, fueron captando imágenes, hechos, anécdotas, historias. Más de una vez, con la cámara envuelta en miles de bolsas de plástico para protegerla del agua, Concho fue amarrado a gruesos mecates para hacerlo pasar por lugares de riesgo, a fin de que tomara una foto o grabara en video alguna acción de los sampetrinos.

Los fotógrafos atestiguaron el trabajo inmenso de llenar costales con tierra y arena y arrastrarlos hasta los márgenes del río. Registraron los esfuerzos de cientos de personas llenando de costales rebosantes de tierra, piedras y arena, el viejo cascarón de un ya inservible autobús para arrojarlo al portillo con el propósito de desviar un poco el agua. Vieron un húmedo atardecer soldados rescatando cabras por el rumbo de Cleto, asistieron a reuniones de campesinos preocupados, charlaron con viejos optimistas que dijeron lo que muchos siguen repitiendo hasta nuestros días: "San Pedro no se va a inundar"

Aquella vez las autoridades trataron de poner orden y concierto en todas las acciones y casi lo logran, pero el pueblo rebasó con mucho la organización oficial y de pronto, en algún sitio, como por arte de magia, en medio del trabajo agobiante, aparecían manos milagrosas de mujeres y algunos hombres que llegaban con cazuelas de guisos modestos pero prodigiosos, cucharas y tortillas. Humeantes tazas y vasos de café se vaciaban en las pequeñas pausas que se daban en la tarea y a nadie se le ocurría exigirles a los noble voluntarios que canalizaran su ayuda por las instancias oficiales más para adorno de algunas y algunos, que para servir realmente. El obsequio se daba y no se le preguntaba a la gente de qué partido era o por quién simpatizaba ni se le daban órdenes despóticas. No recordamos que en aquellos días aciagos, los vivales de la política, esos buitres que no terminan de desaparecer, anduvieran por ahí, cambiando despensas por votos. Se servía al prójimo así, humildemente, modestamente, sin más intención que la de ayudar, de participar con los demás.

Hoy, debido a una administración federal que distribuye el agua de acuerdo a criterios definidos por funcionarios ajenos a nuestras necesidades, desde la comodidad de una oficina a cientos de kilómetros de nosotros, criterios no muy claros para el campesino, por supuesto, volvió el agua por sus cauces naturales. Y creemos que seguirá volviendo a esos cauces durante siglos, a menos que alguna de esas mentes brillantes que padecemos en las oficinas que ya mencionamos, esos privilegiados poseedores de grandes cerebros que de pronto devienen en genios, decidan otra cosa y se les ocurra alguna barbaridad para terminar de amolar de una vez por todas a ésta, que un día fue próspera región agrícola gracias al Nazas. Nunca sabremos que se les va a ocurrir.

En cuanto al registro de que hablábamos al principio, todas las evidencias deben estar por ahí; los cientos de metros de cinta de video, los cientos de fotografías y creo que hasta dibujos realizados por niños y adultos, seguramente permanecen a buen resguardo en manos cuidadosas que velarán por ellas muchos años más, ya que se trata de valiosos testimonios de nuestra historia. Algún día tus ojos lo verán, seguro.



Archivo fotográfico del Sr. Eglon Mendoza Ponce

